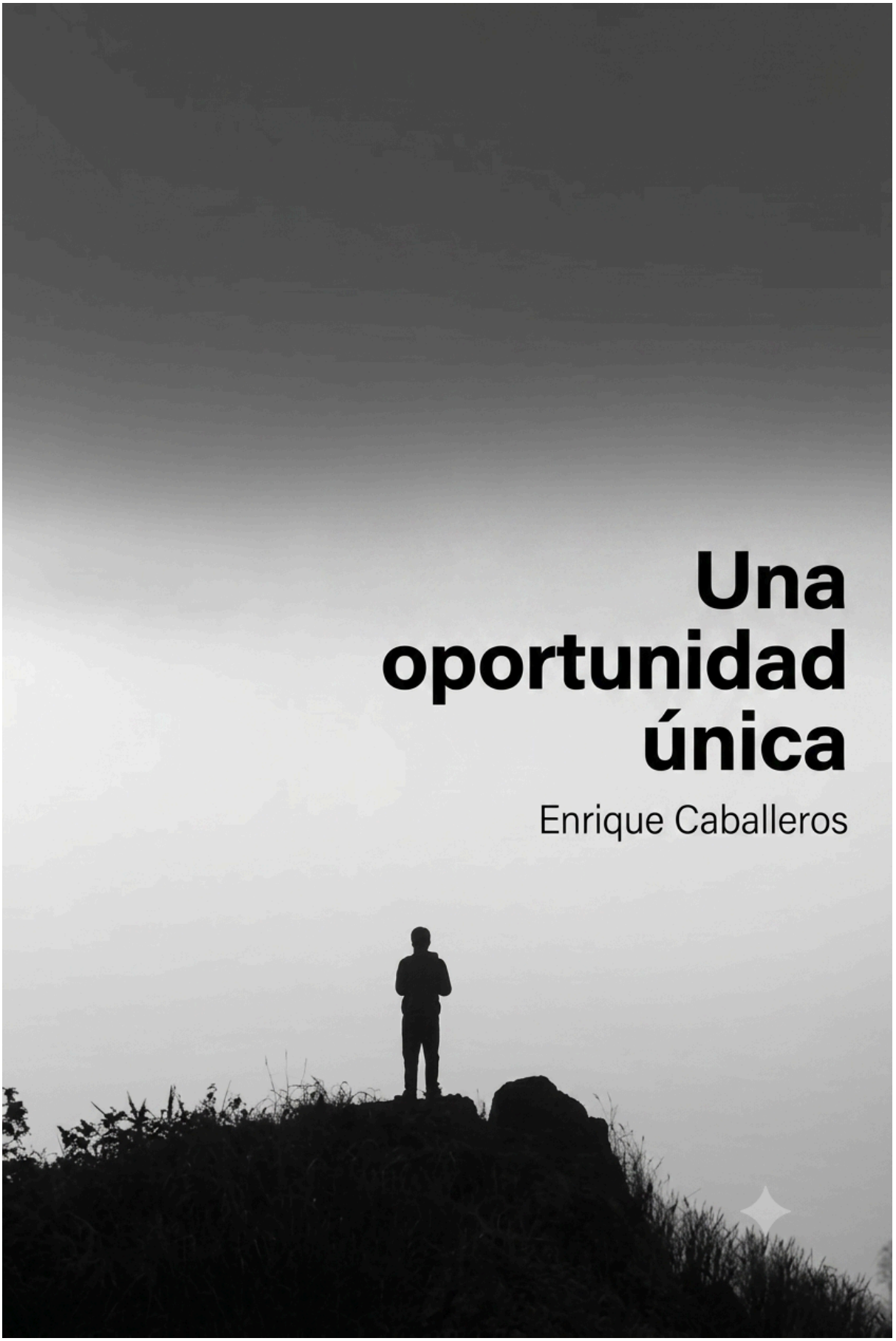

Una oportunidad única

Enrique Caballeros

ÍNDICE

1. Una oportunidad única
2. Hablar bajo
3. El joisán
4. Club Atlético Borges
5. Si hablamos de Jorge
6. Casciari me robó un cuento
7. Un pibe de 39 años. “La pelota siempre al 10”
8. Llenar la olla
9. Sal
10. Sangre
11. Infinito
12. Estandarte
13. Frutillo
14. Sabor conocido
15. Textos fundacionales de la Historia del Hombre
16. Al que le quepa el sayo…
17. Los fierros de la esperanza
18. Una patada criminal
19. Es sólo un partido de fútbol
20. A veces te empujan
21. Feliz cumpleaños

UNA OPORTUNIDAD ÚNICA

Un viejo y cansado reloj adornaba la pared, no menos maltratada, de la Biblioteca Municipal de Boedo. Quieto e inmóvil, hacía honor al pretérito imperfecto que profesaba la dicha y la gloria de otros tiempos mejores; aquellos cuando su brillo y pintura, sus agujas doradas y el escudo patrio en su interior hacían justicia estética en lo alto de la mampostería ancha y solitaria. Esa pared servía de respaldo para el sillón de ébano con almohadones carmesí que una vez —y sólo una vez— el intendente estrenara, junto a una colección completa de las obras del gran escritor Jorge Badeneira.

Ahora era solamente un cadáver, incapaz de marcar los segundos o los minutos que dividen a Dante de Stevenson, la noche del día o las horas que dura una guerra. Se le dio por función medir el tiempo para guiar a los hombres en sus rutinas mortales y fue el tiempo quien terminó destruyéndolo; paradoja que resume la existencia.

Hoy pasé por la puerta de mi viejo empleo de la juventud y quise entrar, sentarme y recordar mi historia.

Tenía por costumbre sentarme allí los quince minutos que duraba el descanso antes de regresar a mis tareas. Era estudiante de Letras en la Universidad de Buenos Aires y había conseguido un modesto puesto como asistente en la biblioteca; por acomodo, gracias a un tío, hermano de mi padre. Mi horario terminaba a las tres, hora en que llegaba mi relevo. Lo curioso en aquel entonces —antes de entender que no tenía nada de curioso, sino que era necesario— es que nunca me lo cruzaba y nadie tampoco me hablaba de él. Y no es que sea cosa común hablar por los pasillos de todos y cada uno de los empleados; es más, yo no cultivaba amistades en el trabajo, pero sí me creaba un cierto recelo aquel secretismo con que se guardaba la identidad de ese hombre. Al principio me persuadí de que no era tal cosa, le echaba la culpa a mi maldita paranoia, razón por la que sufría horribles trastornos de sueño y ansiedad. Y así estuve sosegado, automedicado con el placebo de las excusas, acallando la duda.

En más de una noche crucé laberintos perseguido por una bestia sin rostro que jugaba con mi destino y mi suerte. Y las pesadillas no eran menos reales que el sonido casi perpetuo de aquel reloj, perpetuo como la voluntad de un Dios que decide soñar al mundo que creó y al hombre de sus sueños hasta que quiera despertarse y adiós hombre, reloj y mundo. Yo quería despertar, pero el sueño me seguía como una sombra hasta las puertas de la biblioteca, hasta el sillón de ébano y las tres de la tarde, cuando sonaba el maldito reloj de pared.

¿Quién sería? Me pregunté una mañana antes de salir de mi departamento en la calle Vieytes. «¿Quién sería?», se oía una y otra vez como el tic-tac del reloj en mi cabeza a toda hora. Ya no me alcanzaría con saber su identidad; debía hacer algo más al respecto o su rostro, descubierto tras mi insistencia, sería aún peor en las noches de aquellas pesadillas. Tomé el saco del perchero, un puñal que guardaba en un cajón y salí.

La radio y los periódicos recibían al gran escritor Badeneira a diario. Sus libros y ensayos estaban en boca de todos los profesores, estudiantes de la universidad, y en las charlas de café. Con gran placer había leído cada uno de los tomos de la colección completa que había regalado el intendente, y fui uno más de los que se alegró al saber que esos libros tan

preciados para mí, escritos por mi autor favorito, estaban a metros del escritorio donde me sentaba, listos para ser hojeados tantas veces me placía hacerlo.

Llegaron las tres de la tarde y me quedé escondido detrás de las columnas de títulos acomodados por géneros y códigos que rodeaban la oficina en esbeltas estanterías. El silencio era tal que mi respiración se podía escuchar tan fuerte como el gol de Kempes a los holandeses. Solamente se entrecortó al oír girar el picaporte; entonces apreté el puñal con todo el temor que me infundía aquel monstruo y salí al encuentro, dispuesto a hundir hasta el tope la daga en su pecho.

El viejo bibliotecario levantó la mirada; la luz amarilla de una lámpara titilaba sobre su testa apergaminada en la oscuridad de la habitación.

—Me firma un autógrafo —atiné a decir, escondiendo de inmediato el cuchillo.

HABLAR BAJO

Los lunes siempre serán un naufragio de caras y piernas que se dirigen al mismo lugar, como cada martes, cada miércoles. La historia me la contó Figueroa en un feriado.

Yo me encontraba taciturno, embebido de algún pensamiento intrascendente como aquellos que suelen tener los desempleados de abril en pleno mayo y a pocos días de quedar sin alquiler. El asunto me tomó por sorpresa como trago caliente de matecocido. Lo vi cruzando la calle desde mi ventana; no había nada en el plato y la dicha de ver a aquellos que compran el pan a diario —o casi— me pareció mejor plan. Pensé, «en una de esas me ve y se digna a tirarme un pancito». En ocasiones funcionaba para conseguir un pucho, un peso, alguna sobra. Y así surgían las charlas y los chismes también. Me acomodé la camisa y salí al patio.

Me dijo que a eso de las cuatro de la madrugada cosieron a puñaladas a un pibe. “Nadie lo va a reclamar, más que su pobre vieja”, agregó.
No era algo inusual, ni la noticia ni el método. Se dice que desde que asumió la presidencia el tirano ese con ínfulas de payaso, la gente anda alborotada, y no es alboroto: es hambre.

A otros los mata el frío de la noche; a este le tocó tal suerte. Y todo por el rumor de haber robado un pedazo de pan para llevar a su hogar. No faltó el que lo acusó de vago, de croto, de sinvergüenza. El caso es que tenía catorce años nada más.

Volvía de hacer una changa: el pan lo había pagado.

Por desgracia lo único que hizo de malo fue decir que el presidente los estaba matando de hambre. Total a un pobre gil nadie lo va a reclamar más que su santa madre.

Figueroa me dejó dos panes al irse y cinco pesos para los puchos. Yo no salgo, pongo llave en la puerta, hablo bajo.

EL JOISÁN

Fue a fines de septiembre o en las primeras semanas de octubre del año mil novecientos ochenta y pico que sucedió, pero debido a cosas cotidianas (tuve que realizar otros viajes, además del que está en cuestión aquí), enfermedades y trabajo, no he podido sentarme a escribir sobre el tema. Por otra parte, intencionalmente he querido suplantar algunos datos de mi memoria con otros, pero todo intento que hago por cambiar algún punto, se asemeja tanto a lo que recuerdo (o creo recordar) que de nada me serviría hacer más grande el asunto: sería como querer sacar una mancha de chocolate del saco con el dedo mojado en saliva, un gran error.

De no ser porque María Inés me insistió en ir, aún sin ella —ya había reprogramado su operación de rodilla una media docena de veces; no tuvo el permiso de Bilvaso, nuestro doctor y amigo— no se hubiese cumplido aquel destino que me esperaba del otro lado en el Viejo Mundo.

Este clima me recuerda a los días previos al viaje, claro que con siete años de diferencia.

No está de más establecer una conexión entre mi historia y el porqué de documentarla en estos papeles. Resulta lógico que una flor nos recuerde a una situación sentimental vivida, ya sea por lo triste, romántico o tierno. Para dar mi ejemplo, las fresias me recuerdan a María Inés, fue mi primer regalo en la primavera del 43 cuando nos conocimos. Lo mismo puede ocurrir con una canción, un aroma o una fecha en particular.

Yo caminaba entre los pasillos de la biblioteca de casa —no es por ostentar o hacer alarde, solamente añadiré a la descripción, con fin concreto, la suma de unos cinco mil títulos, entre tomos completos y ediciones de Margaret Mead, Claude Lévi-Strauss, Alfred Kroeber, Clifford Geertz, entre libros de Psicología, Borges y demás que no son relevantes para la historia. Por supuesto que no son todos míos, gran parte son de ella—, y pasé casi sin querer mirar aquel condenado libro que por años estuve evitando, siete para ser exacto.

Con una mirada de soslayo percibí la tapa marrón ya sin vida, maltratada y quemada por el sol (las hojas aún conservaban arena del desierto), no resistí la tentación de acercarme, de mirarlo, tocarlo, y por sobre todas las cosas reencontrarme con él una vez más. Sé que su nombre no se escribe así, es más, no estoy seguro de que sea en realidad su nombre, la mente me juega una mala pasada (no pretendo tergiversar nada). Haré un garabato que responde fielmente a mis recuerdos, “Melokuhle”. Podría pronunciarse “Melókule”, “Me-lokul”, “Melok-ul”, sólo dijo su nombre una vez y lo escribió con un tizón de las brasas sobre una enorme piedra.

La habitación tiene apenas unas ventanillas en lo alto, repartidas de a dos sobre tres de las paredes —la biblioteca parecía infinita—, un laberinto semioscuro, lóbrego. Fácil era perderse y asustarse con los dibujos tenebrosos y amorfos que se alargaban y achicaban, según se mecía la enorme araña que colgaba del techo. Era una inmensa caverna. Habían pasado las horas de la noche, me desvelé y llegué hasta allí.
Atrás había quedado el guía del safari; el olor de la pólvora ya no espantaba a las bestias y corrían de lado a lado entre “Moby Dick”, “Lo siniestro” y “Ficciones”.
Esa misma tarde había releído algunos fragmentos sobre psicoanálisis —Freud y el concepto de los recuerdos encubridores (1899)—, no por placer, sino por el pedido de un viejo colega que quería (buscaba) justificar una interpretación. Al respecto mencionaba los recuerdos irrelevantes y la neurosis. Los años de facultad en los que me recibí con honores en la carrera, ahora eran sólo un papel enmarcado, rodeado de caligrafías delicadas y mi nombre por ahí escondido con una firma debajo que certificaba “Universidad de Buenos Aires, Facultad de Psicología. Por cuanto Alfredo J. Urquiza natural de la provincia de

Buenos Aires ha terminado los estudios correspondientes a la carrera de Licenciatura en Psicología". Luego llegaría el de Licenciado en Ciencias Antropológicas, y con esto ya puedo aproximarme a los hechos que nuevamente traigo a mi memoria para darle cierta racionalidad (sin asegurar el éxito), un estudio de investigación sobre tribus antiguas en África fue lo que me condujo hasta allí.

Los símbolos, las metáforas, ejemplos y su voz por el tubo del teléfono —entre otras cosas—, me indujeron a la vigilia. Al pie de la escalera me esperaba Beppo, maullaba sin cesar, lo que me decía que tenía un hambre voraz. Pasé por la puerta sin detenerme la primera vez hacia la cocina pero para la segunda ya no pude. Un vibrar de tambores agitaba los cuadros, las cortinas y aceleraba el latido en mi pecho. Otra vez la luna llena; sentí los colmillos de la serpiente en mi pierna como aquella noche,—sin darme cuenta habré pisado la cola del felino, totalmente abstraído de la realidad— entré a buscar un poco de alcohol y unas gasas. La fiebre de nuevo.

Tomé el libro y lo abrí, olvidándome de la herida, buscando todo aquello; la luna, la serpiente, Beppo, las fresias y María Inés, ¡ÁFRICA!, ¡sí!, ¡África!... el desierto de Kalahari, un botiquín para accidentes guardado por ella en la biblioteca y las sombras en las paredes.
Él tenía mucho más para decirme, por ejemplo, cómo sabía el abecedario y quién le había obsequiado el libro de las sagradas escrituras —un misionero seguramente—, no lo sé. Por sus rasgos y la ubicación pude reconocer que era perteneciente a los Joisán, herederos de la cultura sangoense, por el parecido de los restos óseos encontrados esta cultura data en África central hace más de 130.000 años.
"Joisán", "Kohisan" o "Kohisánido", así son llamados y el término define al grupo en sentido étnico, lingüístico, genético y cultural. Él era un "San" (cazador) o Bosquimano. Su lengua Joisana caracterizada por los sonidos de chasquidos o cliqueos hubiesen sido el fin en nuestra breve comunicación, de no ser un "indio civilizado", ambos podríamos habernos asesinado —cuando escribo "indio civilizado" me estoy incluyendo—; éramos intrusos, extraños.

Dos palabras pronunciaba en inglés: "Pees", es la transcripción fonética, lo que interpreté como PEACE, paz. Seguido dijo "lav", mientras se

acercaba a mí. “Paz y amor”. Sus ancestros siempre serán más sabios que nosotros.

Él, que soy yo; yo, que soy él.

Y los dos somos todos, pero un “todos” cegados, con las manos ocultas, manchadas; entendí que ofendemos su suelo con tanta sangre en vano derramada.

Era mi última noche y torpemente decidí salir solo. Me desmayó el dolor de la mordedura de una serpiente y desperté frente a un gran fuego —no puedo saber con exactitud cuánto tiempo estuve inconsciente—, tenía un ungüento o cataplasma sobre la herida y pude ver cosas que para un hombre no son permitidas. Las danzas de sus muertos se dibujaban en sombras, las llamas abriendo portales y mis pies dirigiéndose a las brasas, caminando como él sobre el fuego, desnudo, sin documentos que digan quién soy o de dónde vengo, sin la pólvora, sin la invasión, ahora era él.
Podía sentir la sangre corriendo por mis venas, y los leones dormían junto a nosotros sin sentirse atacados.

En la “Suma Teológica”, Santo Tomás de Aquino, afirma que a Dios se lo puede conocer por essentiam, sin embargo, afirmando esto prosigue diciendo que no se lo puede comprender, ya que Dios es infinito y por lo tanto jamás se le conocerá de manera perfecta y total. A su argumento explica “illud comprehenditur quod perfecte cognoscitur; perfecte autem cognoscitur quod tantum cognoscitur quantum est cognoscibile”. El fuego tiene el poder de transformar lo que toca, transformación que no termina en lo físico. Dios estuvo allí, lo vi, y lo que vi ya no es a mí posible en lo humano. No existe lo reemplazable en la mente; ni pasado o presente.

Quiero decir que ya nunca moriré.

CLUB ATLÉTICO BORGES

A ningún ser humano se le podría cruzar por la cabeza la descabellada y burda idea de asociar al erudito con el esférico en una misma oración que termine bien. Ningún ser humano nacido en la inmensa llanura, esa misma que una vez Sarmiento le adjudicara la extensión como origen de sus males. El desprecio del primero por lo segundo es tan conocido a nivel global como Maradona o Gardel.
Tal vez las sombras de Stevenson o Conrad le pisaban los talones tan de cerca, tan pegado al cuerpo: sabido es que a ambos escritores les parecía un absurdo aquel deporte, Conrad lo detestaba. Su ferviente admirador rioplatense no podía ser menos y decepcionar a sus mentores, se me ocurre. Todo menos aquella barbarie intitulada "fútbol".

Al respecto me instruyó el buen amigo Noriega sobre detalles que yo, como tantas otras cosas, desconocía. Para él, resultaba contradictorio el asunto de que Borges no percibiera en el fútbol una cuestión de honor y coraje. No se imaginaba cómo un hombre podía comportarse de manera tan antipática ante el abrazo de otro que lo invitaba a festejar la primera Copa del Mundo ganada por la albiceleste.

—Borges es un inglés más, por eso no siente la camiseta —esbozaba con cada centímetro de pieza dental, lengua y cuerda vocal que se lo permitía.

Por el contrario, yo me lo imaginaba como esos niños vergonzosos que se esconden debajo de buzos enormes en las profundidades de los bancos de escuelas, atrincherados en sus pupitres rogando no ser vistos;

deseando ser invisibles. Ocultando un secreto. ¿Y si en realidad lo apasionaba y no podía decirlo?
Así como un hombre calla, aterido por la condena social que significa preferir el ballet antes que la pelota o el boxeo, o el que sabe que nunca será jugador de fútbol, árbitro, juez de línea o relator como hubiese querido su padre; ni siquiera alcanza pelotas. Borges como intelectual y con el agregado mismo de ser "Borges", no podía darse el lujo de salir por la tv junto a los periodistas deportivos y agarrarse del saco contra otro que defenestraba la actuación de Boca Juniors el último domingo.

Noriega se restregaba las manos mientras componía cada línea de su prosa que solamente tenía por objetivo convencerme de no afiliarme al club. Apelaba a comentarios dichos por el autor en revistas, entrevistas radiales y televisivas.

—Pero mirá. Mirá Jorge —me decía señalando los recortes de diario que había traído en los bolsillos, y ahora los ponía sobre la mesa para mostrármelos—. El tipo es un desagradecido, un apátrida.

Recordé tiempos de secundaria, cuando junto al buen amigo presente y algunos más: el colorado Urruti, el Negro Zamora, Rivero, la Coca Alberti, Falucho, el Flaco Espíndola, el Gordo Tita, y otros que se me escapan seguramente, jurábamos con gloria morir en el verde pasto que a veces era tierra nomás. Allí donde se desarrollaban guerras épicas que dejaban a Aquiles y a los mismísimos dioses del Olimpo como simples aficionados en el combate. Jugábamos por el honor, por la escuela, por la amistad que nos unía. Homero hubiese escrito sobre nosotros de habernos visto antes de elegir La Ilíada, seríamos nosotros los fundadores de la literatura occidental, y nuestros nombres estarían incluidos en los himnos patrios junto a Belgrano o San Martín. Pero no, nos tocó vivir en esta vida y este tiempo. Como a Borges le tocó ser este Borges y no el de sus ancestros militares que supieron empuñar el sable o disparar el fusil. Tampoco el Borges futbolero.

Para defender la disciplina del balompié Noriega se tuvo que ir a la … Dinastía china, 2000 años atrás, hasta el siglo III y II A.C. donde

ejércitos militares crearon el cuju, antecesor del juego en disputa, bélicos hombres diezmaban la tierra con su sangre pateando una pelota.

—Y eran tipos preparados eh. Disciplinados, duros, te cortaban con el sable diez veces antes de caer al suelo.

En su entusiasmo ya no sabía cuándo me decía la verdad y cuándo estaba exagerando, pero conseguía atraparme con sus datos históricos absolutamente cuestionables. El punto, para él, estaba en desarmar aquello de que hombres corriendo detrás de una pelota era una idiotez, como decía el escritor.

—¡Hay que ser muy corajudo para decirle idiota a uno de esos chinos eh!

Yo no decía nada, ni sí ni no. Me dispuse a cambiar la yerba y a calentar el agua nuevamente, advirtiendo que la conversación venía para largo.

—Ahora aparece este que nadie lo conoce en el barrio para poner un club que se llama, justamente, Club Atlético Borges. Pero a qué descerebrado se le puede ocurrir semejante oxímoron.

Sin más preámbulos llegó hasta el quid de la cuestión y motivo de su visita.

—Y eso no es todo. Además vos te querés afiliar como socio. Y decí, mirá, de-cí, que me lo crucé al Gordo Tita anteayer y me lo contó por un chisme que se corrió por ahí porque si no —se detenía solamente para secarse la transpiración de la frente o para agarrar el mate.

—Pero escuchame, atendé. Vos no podés hacerme esto a mí. Te querés asociar a un club, yo te llevo, Jorge. Vamos a Ferro, o a Huracán, ¿te acordás que a vos te gustaba Huracán? Yo sé que tu viejo era de Boca. No tenés que ser del mismo equipo que yo. Eso… te llevo a la Bombonera.

Miré disimuladamente el reloj en la pared. Me tranquilicé al saber que todavía faltaba media hora para ir a la cancha. Decírselo así de prepo sería como una estocada mortal.

Después hablamos del negocio, la familia. Al Negro Zamora lo habían operado por tercera vez del corazón. No había nada más que hacer, todos elegimos un destino.
Eran las dos de la tarde cuando le dije que tenía que dejarlo. Lo acompañé hasta la puerta, ya listo para salir junto a él. Regresé un instante para tomar el saco del perchero cuando se cayó al suelo con la foto hacia arriba en el medio del paso, entre él y yo.

Se leía con claridad: Jorge. A. Rodríguez - Socio nº 0000343.

SI HABLAMOS DE JORGE

Cosa difícil de adjetivar, y no es hacerle un desprecio comenzar así. A estas alturas ya tenemos que nombrarlo como La Cosa, con sus correspondientes mayúsculas; el tipo es un monstruo que con el correr del tiempo, lejos de achicarse o perderse en el olvido, continúa creciendo.

Algunos se afanan en estudiar su literatura, otros hablan de "orillas", le ponen laureles que luego otro viene y se los quita. Defienden al erudito, le pegan al aristócrata, lo llaman gorila, se burlan de su tartamudez. Parece cosa sencilla de criticar.

Yo lo miro desde lejos y me parece tan imposible como el más imposible de todos los cuentos fantásticos de la historia. Él me parece imposible, su manifestación física es una acusación completa al debate de si Dios existe o no, al del sentido de la vida; seguramente el mío no sea motivo para documentar, pero el de él sí. Si se discute en algún momento cuál es el sentido de la vida, la primera respuesta que debe ofrecerse a mano abierta es él. Acá está el sentido de la vida, ser Borges. Cosa que justifica una existencia.

Toda su biografía pareciera estar preparada de manera minuciosa hasta el detalle más ínfimo: su niñez, los libros, su padre profesor, su madre haciéndole respetar a Dios, su abuela hablándole en inglés, las horas encerrado en la biblioteca con apenas cuatro o cinco años y el perfecto dominio de los idiomas que manejaba. El tipo un día despertó llorando al haber soñado en alemán, que alguien me diga que no es digno de un personaje fantástico en lo más alto de la literatura fantástica de los tiempos.

"Ese día desperté llorando. Había dominado el alemán". Aprendió solo, so-lo a hablar alemán así, con la facilidad que uno aprende a, no sé, atarse los cordones. Y digo cualquier cosa.

Eso es ser una persona anormal, en lo amplio de toda la palabra; yo creo que en el diccionario, junto al concepto de "anormal", debería estar adjunta una foto de él.
No conozco a nadie que se haya rodeado de tanta mística en su vida.
Después hay que ver con cuál de todos quedarse o con ninguno. Me inclino a que lo último es inadmisible. Todavía me parece ilógico pensar que a alguien se le pueda escapar el hecho de no conocerlo.
Pasó el siglo XX y con su paso tantos hombres. Este se escapó de los cementerios de todas las reencarnaciones y vidas pasadas y encontró la forma siendo argentino, siendo lo que era, un distinto. Jugó una partida de ajedrez con la muerte y se la ganó. Atravesó los límites entre la realidad y la ficción convirtiéndose en lo que tanto amaba, él mismo se convirtió en literatura. Así como algunos se pasan la vida construyendo una casa propia o pagando el auto, él se pasó la suya colocando letra por letra a lo que sería el trabajo de toda una vida. Estoy seguro de que todo su esmero lo puso en componerse a sí mismo en la novela que nunca escribió, porque entre líneas quería que alguien notara que para eso estaba él; no precisaba escribir una sino que otro leyera su vida como una. No le falta nada, no tiene fe de erratas. No se le complica el desarrollo de la trama o lleva mucho tiempo el boceto principal. No hay que ajustarle el estilo o hacerle correcciones graves. El final es inmejorable aún.
Aquel que renegó de los símbolos patrios, no escuchaba a Gardel ni le importaba el fútbol. El mismo que no veía en Perón o los peronistas ni siquiera rastro mínimo de inteligencia, ese que no encontró en las mieles del amor una mujer ni un hijo. El que se quedó con su madre. El que tuvo pocos o ningún amigo. El que veía y dejó de ver; hasta eso le da todos los ingredientes mágicos para creer definitivamente que nunca existió del todo como un humano más de carne y hueso. Al hombre que se le habían dado todos los libros para leer y los había leído, o al menos eso parecía, también se le dio la ceguera para sellar un destino de sabio como aquellos de la Antigua Grecia. No le falta nada al cuento este, está perfecto, sería un sacrilegio corregirle una coma siquiera. Si hasta el punto final es perfecto. Aquel exilio no forzado o sí, él sabrá. Morir lejos era un deber del personaje ficticio llamado Borges. Era justicia poética.
Leí en alguna oportunidad que no quería morir en Argentina, en una Argentina que no se parecía en nada a la que supo amar. Esa de los

aljibes y arrabales ya no existía, había sido demolida por un modernismo inevitable, mortal. Y así lo sintió y partió.
Tal vez regresó sin que nadie lo viera al lugar de donde nadie lo vio salir. De ese mismo lugar donde se guarda el libro más preciado, tal vez un día volvió a esa biblioteca que tanto amó. De eso no me cabe la menor duda.

CASCIARI
ME ROBÓ
UN CUENTO

“Un cuento en realidad no, fue el nombre para un libro que quería publicar”. Y ahí ya me dejan de creer mis amigos cuando se los empiezo a contar. Pero juro con la mano apoyada sobre el Martín Fierro, que así fue.
Yo desconocía su obra para ser sincero, totalmente; un día me salió en Facebook o algún reel, no recuerdo bien —otra inconsistencia en mi relato, a estas alturas ya me dejaron hablando solo— la cuestión es que leí Finlandia y me atrapó.

Averigüé quién era, de dónde salió, si tenía algún libro publicado. Al tiempo me enganché con los programas después del noticiero, donde habían encontrado el curro con una marca de somier y aparecía el gordito después de la medianoche leyendo en voz alta sus obras. Yo venía del palo de Borges, Cortázar; había escuchado sus audiolibros en cassette, y me parecía mágico oírlos. Este no era tan mágico.

Fue cosa de meses, más bien semanas, para que de un plumazo me leyera una cantidad de cuentos y textos escritos por él.
Yo siempre tuve la inquietud de escribir algún cuento, más o menos, potable que pudiera llegar a ser publicado. Pero no encontraba esa “chispa” alentadora, inspiradora. Me pasaba noches y tardes enteras olvidándome de mis obligaciones, sumergido en las grandes obras, no, ya no hablo de Casciari, me refiero a grandes obras de la talla de Borges, del cual soy fanático hasta los huesos —como del Diego, Messi, Pugliese o Goyeneche. Trataba de ensoparme, cuan pan en el plato de sopa, con

toda la literatura que me rodeaba, otros escritores como: Jauretche, Dolina, Unamuno, Walsh, Fontanarrosa, Marechal, y algunos más. Pero el milagro de la inspiración no llegaba. Y ahí estaba a la vuelta de la esquina el gordo.

Un escritor argentino joven, que estaba en pleno siglo XXI, no era un erudito y no escribía como tal. Sus cuentos parecían más bien anécdotas cruzadas con lunfardo y argentinismos modernos en una literatura nueva y novedosa para los tiempos que corren. Me entusiasmó ver que un tipo tan desfavorecido y con una pronunciación tan mala haya alcanzado la gloria. Hasta le escribió un cuento a Messi. Y Messi se lo agradeció. Todo bien había hecho el gordo Casciari.

Todo bien hasta ahí. Cuando decidió robarme.

La cosa es que nos separamos, él siguió su vida de logros y fama, yo me puse a escribir unos cuantos cuentitos y relatos cortos, y un día me animo a hablarle.
Sí, me animé a encararlo yo, ya que no me registraba por su cuenta. Yo no buscaba Instagram de minas, no, mi objetivo era un gordo barbudo y mal peinado que escribía cuentos y salía en radio y tele. Me había convertido en un "obse" de Casciari.

Encontré la cuenta, le profesé mi amor no correspondido y le dije que tenía un nombre ideal para publicar mi libro, que sería una persona —qué iluso— bendecida si él me adoptara en su editorial. El libro iba a llamarse PURO CUENTO.

"El asunto, una zoncera", dijo Larralde. Por supuesto que no me respondió ni me dio pie para decirle ni la más mínima cosa. Eso parecía en su momento; que ni siquiera me había leído.

Entérese que sí. El maldito gordo me leyó.

Pasado el tiempo, con la herida cicatrizada, volví a mi viejo amor llamado Jorge Luis Borges y dejé atrás aquella ficción llamada CASCIARI. Cuando de repente, ¡zas! Sale un nuevo libro y cómo se

llama, PURO CUENTO de Hernán Casciari. Creo que nunca en mi vida puteé tanto a un tipo. A nadie. Fue mi debut ese día.

Busqué el chat de Instagram, lo imprimí, lo amplié y lo enmarqué para ponerlo en el medio del living donde todos puedan verlo y contarles hasta que Dios me lleve que Casciari me robó un cuento.

A la fecha nadie me cree. Dicen que es falso, que es imposible, que soy un desquiciado, que no tengo la más mínima vergüenza. Yo no hago caso, ahí está colgado en casa. Y ya no importa si me inventé toda esta historia, si el chat nunca existió o si lo hice yo mismo una noche que estaba desvelado. Porque yo no lo hice para publicar un libro y hacerme millonario. Tengo otra riqueza, una historia para contar. Y mientras todos los demás van detrás del dinero y la fama, robándole nombres de libros a un pobre infeliz, yo ya gané.

UN PIBE
DE 39 AÑOS
“La pelota siempre al 10”

Falta una eternidad para que se acabe el fútbol. No digo para que acabe el Mundial, no, EL FÚTBOL. Y no nos van a alcanzar los minutos de descuento ni trescientos penales acertados en la red para decirle gracias.
No nos fijamos si la cancha mide cien metros, ciento cincuenta o tres mil. Siempre queremos que corra más. Siempre exigimos un metro más, no lo pedimos, se lo exigimos. Y aún cuando parece que todo está perdido y que no tiene más piernas, ahí lo vemos. Resurgiendo desde lo profundo del verde césped, propulsado como un bólido dejando una estela de jugadores tendidos a lo largo y ancho de la cancha.

Nos acostumbramos a tenerlo, sentimos que lo merecemos y por eso nos lo apropiamos sin siquiera tener su consentimiento. Un día llegó y no lo dejamos ir. ¿Para qué lo queríamos? Para maltratarlo, para enseñarle cómo se pisa la pelota, para decirle que jamás será como D10S, para cuestionarle el modo de hablar, de caminar, de entonar el himno —¿cómo es posible que un argentino no grite el himno nacional?—, para enloquecerlo hasta conseguir el podio y los laureles. Le pedimos que sea lo que debe ser.
Y en todo este embrollo, cuando estamos rendidos y al borde del abandono, él se levanta una vez más y mete uno, dos, tres goles en un partido.
En ese preciso momento cuando lo estamos insultando por errar un penal, el tipo pone quinta a fondo y revienta la red para que todos tengamos que mordernos la lengua y gritemos con el gol atragantado en la garganta hasta perder la voz por completo. Y ahí sigue, jugando como un pibe; por el honor, por la camiseta, por la amistad. Por todo el país.

Yo no sé si a esta altura se lo puede comparar con un ser humano de carne y hueso. No tiene nombre lo que hace. No tiene reglas ni oponentes. Es un invento de los extraterrestres. Es una pasión que no se puede explicar. Estoy hablando de Lionel Messi.

Gracias.

LLENAR
LA OLLA

Mueve un poco las brasas, parece que en busca de algo que ya no podrá recuperar; no se puede reponer ni hacer volver atrás. Pero solamente busca avivar la llama como el acto más primitivo del hombre. Tiene que sobrevivir, a pesar de las bajas temperaturas, de las inclemencias —mentales, físicas, sociales—, a pesar de él mismo. Vive solo y lo sabe, no necesita que se lo recuerden. Es y ha sido así hace años, muchos, no recuerda cuánto. Olvidó el último descanso, el sueño, la separación entre vigilia y desvelo.

A metros la pulpería.

Pero no le importa: no tiene ni una moneda, se olvida del hambre a menudo.

Sobre el fuego hay una olla.

Ayer pasó el dueño, Recabarren, le dejó cal para que pinte un poco el aspecto de muerte del rancho en el que vive —la acepta, lo pinta. Luego se la pagará con unos cueros. Mira el fuego, al pulpero; lo imagina dando vueltas dentro de la olla. Ya no está.

Junto al brasero está sentado Tolosa, se relame sabiendo que hoy habrá almuerzo. El perro lo mira, espera un hueso, pero no es tanto por eso que lo queda mirando. ¿Tal vez sienta culpa aquel animal?

Las paredes de adobe hasta ayer eran blancas, gracias al favor de Recabarren. Hoy al mediodía están tiznadas por el braserío, son los dedos marcados de Tolosa, mezcla de tizón con sangre.

Supo ser granadero y estar a las órdenes de la patria, junto a su General. Pudo ser un héroe, pero le faltó nombre más que agallas. Lisiado, ahora, es medio cuerpo, medio hombre. El brazo que sostuvo el sable es una extremidad muerta, deforme, apenas sujeta al hueso. No puede montar por una pierna que ya no sirve. Apenas habla, un poco por falta de qué decir, otro por resignación, tanto más por callar sus pecados. Destapa la olla, le ve los dientes, los ojos, la expresión del horror. Tiene algo de pelos.

Anoche no durmió pensando en qué comer. Y van con este dos días sin dormir. Quizá pueda reconfortarse en la dicha del sueño; pensando más bien en la pesadilla. Sería justo que Recabarren golpeara la puerta y se sentara a tomar un mate. Estaría el gato que le regaló a Tolosa escabullido entre las piernas, ronroneando como de costumbre.
Recabarren no volvió. El gato desde la madrugada que no se lo ve.

Mete el dedo en el caldo, prueba que esté bien sazonado. Se sirve y come.

FIN

SAL

La débil luz que rompe el pacto de oscuridad entre la noche y el alba penetra por las tablas y se mezcla con la brisa salobre del camarote. Allí yace dormido o semidespierto, en el estadio en que el hombre vuelve al centro del abismo, sin poder moverse; piensa si acaso podría hacerlo o ha perdido soberanía sobre sus deseos. Es blanca y misericordiosa, evoca a Dios.

El sueño es un lugar ajeno, lejano, confuso como el laberinto aquel del que no puede escapar. Cada esquina posee un espejo distinto que vuelve su travesía en pesadilla.

Repite los caminos, comienza a memorizar.

Dos pasillos hacia la izquierda en dirección a la Cruz del Sur son anchos y escasos en altura. Se distorsionan como el tiempo, como la fe. Continúa por la derecha en dirección a Lucifer, tres pasillos y medio más. Allí sabe que las formas cambian y se estiran; los espejos son alargados sin fin. Parecen llegar al paraíso, marcan el camino de la expulsión.
Luego comienzan los círculos en espiral, encuentra a la bestia, pretende escapar del minotauro.

La luz, sin embargo, es cálida. Inspira piedad. Afuera hay monstruos, los puede oír. Piensa, ¿será este el fin? Hablan su mismo idioma, insultan, maldicen. Desde proa a popa se oyen los gritos. El momento se aproxima. El agua se cuela por debajo de la puerta.

Los cañones anuncian lo inevitable, intenta tomar el sable, se siente incapaz. Vocifera blasfemias que nadie puede escuchar, sus ojos son inútiles, la visión es para él algo profano.

Se mueve, pero no son sus piernas las que lo llevan. Escucha las puertas abrirse tras el golpear de la camilla en la que está tullido, inmóvil. Cada golpe es una puerta que se abre. Un pasillo que atraviesa. Un espejo que se rompe. Pregunta mas nadie responde como aquel que no tiene voz ni voto. Tal vez tenga razón; es el fin.

Recuerda el día anterior, la noche del accidente, descubre que la noche es una habitación desierta y la luz sobre él deja ver las manos que cruzan de un lado a otro —de babor a estribor— instrumentos quirúrgicos.

Quiere luchar como lo hicieron antiguos capitanes, Barba Azul o el capitán Flint. Sabe esgrima, fue campeón en otro tiempo. La mano con la que solía empuñar hace gestos en el aire, lanza una estocada.

En la habitación de al lado están sus pertenencias: un pantalón vaquero cubierto de sangre —cortado por tijeras—, su camisa y una medalla de oro que anuncia “Primer puesto”.

Siente la daga en el pecho. No puede decirlo, no puede gritarlo. La bestia lo encontró, su tripulación ha muerto y el camarote está a merced de los invasores. Es el fin.

SANGRE

1976, el argentino siente el golpe en la ceja derecha; es del moreno que sin piedad impacta con su cabeza y abre una herida que no cerrará hasta el final del combate. Es el tercer round y la sangre comienza a correr; parece no tener fin.

Espera que caiga, pero no cede el campeón. Escuchan las voces en un idioma que no distinguen con facilidad. La camisa del referí se cubre del líquido vital. Los relatores no pueden creer lo que están viendo. Se disputa el honor. El mánager le pide un round más. El campeón no quiere bajar, pide que le ajusten los guantes.

El aire se infecta de sudor.

«Pensabas que iba a caer, que me iba a rendir. Puedo sentir el ardor, es insoportable. Estoy ciego»

(No sigas. Te advierto que no estoy dispuesto a perder)

—Cada minuto es una carnicería sobre el cuadrilátero. Ninguno de los dos quiere parar. Mi camisa blanca ahora es el retrato de una faena cruel, evoca las antiguas ofrendas a los dioses.

El campeón pega una y otra vez. Encuentra el nocaut. El moreno está en el suelo. La cuenta acabó.

INFINITO

¿Qué tiene de malo el infinito? —preguntaste sabiendo que no había respuesta— ¿Qué? ¿O acaso esa hormiga que camina junto a las rejas se preocupa del infinito?

En qué tiempo vivirán los animales si desconocen la muerte, el reloj, los días —escuchaste los pasos hacia tu celda.

Esa hormiga no sabe quién soy, no sabe del tiempo ni las cosas. No conoce al carcelero ni al Dios creador; podríamos pasar toda esta tarde juntos y no sabría jamás quién soy —te sentiste triste.

Y ese sentado más allá, ¿qué espera? ¿Por qué no es libre? Si tan sólo pidiera la llave que abre la celda todo sería distinto. Solamente el carcelero se va a las dos de la tarde —miraste sin entenderme.

La hormiga no puede evitar su final, me ve, pero igual se acerca hacia mi telaraña —caminaste por la pared ansiosa por su llegada.

¿Por qué no te mueves más? ¿Por qué no adviertes a la hormiga o al carcelero? Él se va a las dos, pero regresa. La hormiga no sabe de la muerte, sin embargo viene hacia mí, Dios tiene la llave de todas las celdas, pero ¿quién le abre la celda a Dios? ¿Quién lo mira desde la pared o junto a la reja? ¿Quién le dirá a Dios que está muerto?

ESTANDARTE

Llevabas el estandarte en lo alto, todos teníamos tu misma causa, no miraste hacia atrás, pero él sí te vio. Estaba tan lejos de nosotros, sin embargo ganó las cuadras que nos separan; en un momento te perdí.
No perdías la sonrisa, será que eso le molestó, pero qué más tiene un pobre si no es esa enorme sonrisa. Una idiota, sin sentido, una tuya, de todos. Nos reímos porque marchamos juntos, a pesar del clima y de los que mueren de hambre, y no te entendieron. Será por eso que te seguía y te miraba desde lejos. No lo vimos, iba pendiente a tu estandarte. Te dije que era muy pesado. Te lo pedí para que te dieras cuenta. Te avisé que algo traía. No viste el punzón. Llevabas el brazo en alto por el estandarte. Fueron más de cinco veces. Nunca bajaste el estandarte.

FRUTILLO

—Habrán sido buchas hoy. Sacaste al benos para el pan —dijo Ivan.

—Nomás algunas patrón. Lo de siempre, sino no me puedo ir temprano —respondió el recolector de frutillas.

—Y te bodrías ir más tembrano si no levantaras tantas veces la babeza, mirando no sé qué cosa. Berdiendo tiempo —exhortándolo por su impertinencia.

—Son parecidos a mí, ¿se dio cuenta patrón?

—Bavadas mochacho, Bavadas. Ellos no juntan frutillas, birate las manos. Están sucias, rojas. Por eso te dicen Frutillo.

—Tiene razón patrón. ¿Pero adónde van esos chicos vestidos de blanco?

—No imborta Frutillo, no imborta.

SABOR CONOCIDO

Han pasado algo menos de dos horas —ya no puedo comprenderlo, el tiempo es ajeno— y nadie viene a decirme cuándo podré irme. Siento la boca reseca, un leve gusto a metal me invade de a ratos.
No sabré jamás, me temo, si ingresé a la sala caminando, corriendo o arrastrado por camilleros. El último recuerdo es tan tangible como la arena caliente de la playa en esos veranos del 19… por Mar del Plata. Estaba subiendo las escaleras con rumbo a mi habitación cuando no advertí la gran cabeza de alce que se encontraba en el pasillo al llegar al entrepiso. El resto es ficción.

Aquel souvenir de un safari, favorablemente olvidable, me devolvía en un solo golpe las injusticias de mil hombres, ocasionadas por el cañón y la pólvora originaria de las codicias y pecados del mundo.

Entendí su rostro como una amenaza antigua, semejante a una promesa ancestral. Sentí —¿qué es sentir?— mi carne abrirse, y luego la sangre a borbotones desde mi frente.

Hoy pasaron dos personas junto a mí —¿qué significa el hoy?—, no llevaban prisa. Más bien me miraban con cierta extrañeza y dedicación, como alguien que se toma el trabajo de descomponer un cuadro en un museo. Luego los dos se alejaron con una sonrisa.

Mi casa tiene, o tenía, cuatro habitaciones en la planta alta y tres baños. Uno se encuentra en el pasillo, otro en mi habitación y el tercero en la de Beatriz —¿quién era Beatriz?—, ya hace tiempo que dormimos en cuartos separados; vidas separadas.

Ella se marchó un verano parecido a este. La hallé tendida en su cama con ambas manos sobre el pecho y entre ellas una rosa. No recuerdo haber llorado tanto como aquella vez —¿qué es llorar?

Para aquel entonces el sabor de la sal recorría mi rostro hasta morir en mi boca. Como muerta estaba Beatriz a quien extraño tanto, pero no será por mucho.

Ayer pasó un niño por este mismo pasillo en el que estoy sentado hace… ya no sé hace cuánto. Y me dijo que las cosas buenas son igual al tiempo o la vida, sólo eso.

Pregunté algo fastidiado, tal vez por su presencia o su altanería, qué quería decir con «eso».

Se sentó a mi lado como un gran maestro y me enseñó su pequeña mano. Al principio no noté nada, solamente su blanca mano con dedos regordetes; muy blanca, casi iluminada. En cuestión de minutos percibí aquello que me mostraba. No tenía líneas en la palma. Lo miré confundido, a lo que respondió «eso».

Fue en ese instante cuando lo vi pasar al doctor Bilvaso y me aventuré a preguntarle cuánto tiempo más debería estar allí. Un sabor tan inexplicable como conocido me subió desde las entrañas al oír su voz —¿qué es oír?

Después de conversar con él, amablemente me dio el alta. Tuve la dicha de la puerta y el sendero, era hora de regresar. Tomé el tren en Castelli, bajé como siempre en la quinta estación. Crucé la calle y entonces sentí una enorme tristeza acompañada de algo que no puedo decir que sea un recuerdo —desconozco los significados de algunas palabras, al igual que el tren, las cinco estaciones—. El niño de las manos blancas, tendido junto a las vías, inmóvil. Seguí mi camino.

Con prisa giré el picaporte al llegar, quité la llave y la puse junto al cuadro de unos parientes fallecidos, entonces comprendí sus miradas admirándome como a una pintura de Durero.

—Hola Beatriz.

TEXTOS FUNDACIONALES DE LA HISTORIA DEL HOMBRE

"Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer. Y a toda bestia de la tierra, y a todas las aves de los cielos, y a todo lo que se arrastra sobre la tierra, en que hay vida, toda planta verde les será para comer. Y fue así. Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera. Y fue la tarde y la mañana el día sexto".

Génesis 1.

En el capítulo veintitrés del Evangelio de San Lucas las líneas sagradas evocan el pensamiento de Dios, quien inspiró al evangelista en su escritura. Desde aquellos tiempos —y sin ningún tipo de precisión, pero igualmente cierto— el autor era un ser elegido, celosamente, por el Altísimo al que también llaman Jah o Jehová.

La erudición tanto como la experiencia son, tal vez, dos de las (pocas) cosas que no se pueden comprar. Una de las tareas que se le encargaron a Lucas fue escribir la biografía de Jesús. Lo más difícil de dicho trabajo —me inclino a pensar— quizá haya sido evitar la tentación del hecho ficticio.

Un hombre atraviesa una puerta y eso puede ser todo lo que otro vea. No es lo mismo que tres hombres atravesándola y otros tres que observan a aquellos. Quiero decir que alguien podría poner la mirada en la mano que sostiene la perilla, la posición de los dedos al girarla o el pie que ingresa primero tras cruzarla. Otro podría fijarse con mayor atención en el rostro que trae ese que ya está aquí, su semblante pavoroso o la gallardía de Héctor. Tres o más serían un verdadero acto de dramaturgia, imposible de componer eso que llaman «realidad». De este modo, el mito sería en sí mismo un hecho; la composición de elementos necesarios para dar, sin muchas más explicaciones, una página de un libro.

Las sagradas escrituras que se les otorgan a los apóstoles fueron escritas por obra y aliento del Dios inspirador. Podemos pensar en un Dios documentalista que en su infinita sabiduría le regaló a los hombres su propia historia, geografía, leyes, filosofía, matemáticas, épica y héroes, ética y moral. Vida y muerte. Como así también pudo ser el Todopoderoso un escritor

exquisito, mentor de Garcilaso de la Vega o Quevedo. Aquel mismo Señor que dotó de sentido los versos de Dante en ***La Divina Comedia*** o ***Fausto*** de Goethe.

El asunto que ataca la confesión del sensible mundo de las ideas es el que a continuación se cuela entre líneas, como la arena del reloj ante el tiempo inevitable —irreversible— o el agua de la inclemente tormenta por una débil rendija de la casa más humilde. Dios escribió la primera novela de ficción. Compuso el mito y creó la literatura universal que es inimitable al igual que incomprensible. En ***El gaucho Martín Fierro*** de Hernández, no leeremos al protagonista dudando de su creador, tampoco Aquiles pensó en Homero o Eneas en Virgilio. El mundo que los héroes conocieron fue su destino y final.
Será, tal vez, el hombre quien reescribe el mito, inventa a Dios o marca su destino.
Todo me lleva a creer que Dios existe, y el hombre es solamente un sueño del Creador.

AL QUE LE QUEPA EL SAYO…

Decía mi abuela “al que le quepa el sayo, que se lo ponga”, cuando quería dar a entender algo que tenía un destinatario. Cuestiones de decoro no decirle directamente en la jeta “para vos, sí”. La cosa es que al día de la fecha el sayo es ancho o estrecho y no hay que buscarle un talle justo ni una persona específica que haga uso de la prenda. Hay sastres pagos, sastres sin escrúpulos, a domicilio, por correo. Ya no es un problema aquella frase de mi abuela, ni mucho menos hace sonrojar a escabullidizos sinvergüenzas que bien saben que les cabe el sayo.

Hoy en día cada uno puede tener su propio sayo sin necesidad de que se lo estén adjudicando o sorteando por ahí como a cualquiera. Lo mismo tienen zapatos importados, esos que no se compran en las ferias de plaza o en trueques barriales. Igual que la ropa de ellos o de sus chicos, no son de marca nacional, de una pyme en lo perdido de José Mármol o Villa Domínico, ni locos. Ellos compran afuera. No gastan ni consumen nacional.

Por eso bien decía mi abuela “al que le quepa que se lo ponga”, en una época cuando daba vergüenza ponérselo, era sinónimo de deshonestidad, de falsa moralidad, de una persona muy chanta y descarada. Una que promete en campaña y se olvida cuando gana. La típica promesa presidencial y la foto con el nene lleno de mocos; ese que hasta lo besan si hace falta con tal de sumar. El pibe ya tiene ocho años y pasó por dos mandatos del mismo gobierno, es ese mismo nene mocoso. Yo lo vi igual de pobre y mugroso que hace… ya no importa cuándo fue la foto con el candidato, lo que duele es verlo a ese pibe.

No falta el que diga “los padres tienen la culpa, para qué traen más niños al mundo si no tienen con qué mantenerlos”. Hay que ser muy sangre de pato, otra frase de mi abuela “hay que tener sangre de pato”, yo no sé cómo será la sangre de los plumíferos esos, pero sí sé a qué se refería mi abuela; hay que ser muy hijo de p… pero no lo decía la santa. Solamente dejaba sus frases por ahí para que nosotros hiciéramos la debida tarea de comprender. Y sí, hay que tener y ser un … para opinar así “a la bartola”.

Otra frase muy utilizada. Dicen que proviene de los tiempos de final de cosecha en España, de Bartolo o Bartolomé, y significa algo así como hacer sin cuidado, de manera descansada. Ellos se “echaban a la bartola” luego de la cosecha. Merecido en todo caso. No tanto como estos que opinan sin pensar, irresponsablemente. Y a eso se refería.

A mí me da cosa ver tanto sinvergüenza con su sayo puesto a medida. Con sus causas encajonadas. Con sus promesas rancias y vencidas.

Qué sé yo. Hoy les digo esto, para ustedes. Y al que le quepa el sayo, que se lo ponga.

LOS FIERROS
DE LA ESPERANZA

Me acuerdo, un domingo paseando en bicicleta por lo que sería la zona de Burzaco. Íbamos con mi viejo, Quique, a pesar de que mucho no le simpatizaba la idea de salir a dar unas vueltas sin un rumbo fijo, no era un tipo de estar lo que se dice al "dope" en la calle. Siempre reservado, cuidado, pensando en la imagen que tendrían los vecinos de él. Me decía, "no seas boludo. Si te querés tomar una cerveza la comprás y te la tomás en tu casa. No hace falta que te pares en la esquina para que todos te vean". Tenía una filosofía muy suya, un tanto solitaria, rara para mi poca experiencia. Este consejo de la cerveza me lo dio mucho después, por supuesto. Lo que quiero contar ahora viene de antes. Haciendo memoria: yo tendría unos diez años.

Pasábamos por una calle que difícilmente recordaré el nombre cuando se me ocurre preguntarle, "pa, ¿qué son esos fierros para afuera?" No tengo bien en mente su rostro ante mi inocente pregunta, pero me lo puedo imaginar. Seguramente hizo un silencio de esos que solía hacer antes de hablar, le dio una pitada al pucho y respondió.

— Eso es la esperanza —con un tono inconfundible que intento recuperar en su honor.

— A mí me parece de croto —le dije con la impertinencia propia de un mocoso— queda horrible. Además no entendí eso que dijiste, ¿qué tiene que ver la esperanza?

— Mirá un poco más allá —me dijo—, las otras casas. La de allá o la otra, también tienen.

— Sí, veo los fierros. Pero sigo sin entender.

Dejó el tema ahí y no volví a preguntar. Para aquel entonces habré creído que le molestó mi pregunta o que tal vez no tenía más para decirme. Estaba equivocado, no me lo quería responder así nomás. Tenía que pensarlo bien, encontrar las palabras, el momento. Quería que me quede con eso que él tenía para decirme. Tal vez hasta hoy.

El paseo terminó al igual que la tarde. Supongamos que ambos guardamos las bicicletas y nos dedicamos a lo de cada uno. En eso mi viejo me llama.

— Vos me habías preguntado por esos fierros. Te lo contesto ahora.

Me quedé mirándolo sin saber qué esperar.

— Esa gente un día se hizo la casa con muchísimo esfuerzo. Peso a peso, tal vez con prestado y con muchas deudas que aún conserven. Llegaron hasta ahí y dejaron esos fierros para engancharlos luego con la parte de arriba. Sin saber cuándo, sin saber cómo, solamente los dejaron ahí con la esperanza de un día hacerse la pieza arriba, para los hijos cuando crezcan, tal vez un baño en cada habitación. Soñando en que algún día puedan terminarlo.
¿Entendés?

Ese “entendés" me atravesó la cabeza como un rayo, fue un relámpago ante los ojos. Después habrá pasado el domingo, mi vieja y mi hermana, la rutina. No recuerdo más porque en ese instante se fue el día para mí.

Entonces hoy, cada vez que guardo algún vuelto pensando en que será un ahorro a futuro, me acuerdo de esos fierros. Cuando salgo con la moneda justa para el colectivo con la esperanza de que el chofer me diga “pasá” con la cabeza, pienso en esas palabras de mi viejo; o cuando faltan dos semanas para cobrar.

Ahora que mi viejo no está, a veces cuesta encontrar esas palabras que respondan mis preguntas más irreverentes.
Hoy por la mañana salí medio bajoneado sin tener muy claras las cosas —lo de siempre, pensando en cómo pagar esto y aquello, las deudas y la vida que hay que seguir mientras Dios dé vida—. En medio de todo esto, y luego de veintiséis años de aquel recuerdo, volví a mirar hacia arriba y adivinen qué vi… sí, esos fierros.

UNA PATADA CRIMINAL

—He visto al negro Pelé metiendo patadas eh… o a Ruggeri. ¡Te acordás el guadañazo que le tiró al Chila, no, eso fue para cadena perpetua! Al Diego, las patadas karatecas de los coreanos en el mundial 86. Cosas sin comparación, sin antecedentes. Ni siquiera en los mundiales (¿se le dirán mundiales?, no sé), en las competencias de artes marciales, quiero decir, uno podría imaginarse semejantes salvajadas. Lo que pasa es que nadie recuerda lo del gordo Tita; un tipo único, maravilloso, hábil, ágil, intrépido, sagaz. Pero muy faulero, eso sí.

Así como decir registros de su trayectoria futbolística, no. No existe, tal vez nadie lo filmó para la tele pidiendo como deseo "jugar un mundial". Ni siquiera puedo recordar que su viejo, el Colorado Titale —de ahí viene lo de Tita, y gordo porque era gordo—, pero ni siquiera eso recuerdo de verlo al padre en la cancha en algún partido del hijo. Son estrellas fugaces, qué sé yo, gente que no alcanza la gloria, la cúspide, lo más alto del éxito. Es más, nunca salió de la última división de esos equipos chicos, uno que ni el nombre; tenían casaca negra y blanca te puedo decir como mayor detalle. Pero lo que te cuento es real eh… posta, posta.

Y bueno, bien dicen que los recuerdos se van cuando uno viene para este lado. Pero la consciencia, lo cognitivo, ¡los dolores! ¡Ah, no, viejo! No me vas a decir que esta marca acá es de mentira o una ilusión. Mirá. Pero mirá bien; criminal.

Lo que pasa es que se disputaba la final, y yo lo entiendo al gordo. Se jugó el todo por el todo. Habían pasado ya ochenta y cinco minutos y la cosa pintaba para cerrarlo ahí. Un 2 a 1 digno, honorable, un juego de hombres con valor y gallardía. Reñido hasta el final.

El primer tiempo fue de ellos, te lo puedo reconocer. No supimos salir del fondo. Cuando la recuperábamos la marca era muy fuerte, además el flaco Urrutia siempre fue un animal defendiendo; te ponía una pata y se acababa todo, no te quedaba otra que volar por el aire. ¡Había que ir a trabar con el Flaco, eh! Después los tiros libres muy lejos del arco, la falta de creatividad para crear los córner. No, la verdad, merecido el gol de ellos en el primer tiempo.

En el segundo tuvimos alguna lucidez, algunas ráfagas de habilidad por parte del 9, asistencias del Corto Rodríguez, el gol que llega a los sesenta y dos con el cabezazo de Heredia y logramos el empate. Claro que duró muy poco.

Pero no quiero terminar así de una con mi relato, no. Porque hay cosas que no se pueden transmitir si no estuviste ahí, pero prestame atención. ¿A vos te gusta el fútbol, no? Sí, si tenés una cara de tercer tiempo vos, con respeto por supuesto, pero te veo así, pelado con barba blanca, un hombre de edad, habrás visto todos los mundiales y todos los partidos de la humanidad. Sí, ese gesto me lo confirma. Dejame que te siga contando.

45 grados Celsius, una humedad de la San Puta, verano, los morochos de la tribuna sudando vino tinto y cerveza a chorros, era una cosa, no, no te puedo describir eso, los cuerpos semidesnudos revoleando la camiseta en la final de la liga.

El DT de ellos azul de gritar, ya sin aire, pidiendo que no se queden, ¡UNA MÁS! —gritaba. El nuestro, que era Gutiérrez Melo, una de las glorias también de las antiguas ligas menores, sacudiendo los brazos, rezando y pidiendo al 9 que saque alguna magia de la galera que nos dé la victoria.

En eso logro ganar la carrera en una pelota cruzada desde el fondo con un tiro libre que da rebote, el 9 que me la pasa en un tiro perfecto al pecho, comienzo a correr en diagonal y liquido al arquero con un zapatazo que va a la izquierda, en el ángulo superior y revienta la red.

¡GOOOOOOOOOOOOOL!

Se cae la tribuna, el paravalancha, todos a mi encuentro para el festejo. Ya estábamos a nada del final del tiempo reglamentario. Pusimos el marcador 2 a 1, en el minuto ochenta y cinco. ¿Entendés?

Todo mágico hasta ahí. Y no va que se me ocurre hacer una picardía. Y te la cuento sin rencor eh. Te repito, el gordo Tita se jugó el honor. Claro, qué se iba a imaginar que me iba a pasar para el otro lado.

Minuto ochenta y nueve, salgo jugando, llevo la pelota haciendo una gambeta magistral, miro al DT, me pide que la aguante. Paso a uno, paso a dos, y al tercero que intento pasar, es a él, al Gordo, cuando de repente siento una patada, pero qué digo una patada, sentí un poste de luz, un tren, que me arranca la respiración y el aliento en algo que a juzgar desde acá pudo haber sido una patada a la altura de las costillas más o menos. No me levanté más. Te imaginás, ¿cómo me decías que te llamabas?

—San Pedro.

—Pedrito, Pedro viejo nomás. ¿Paso por acá entonces?

ES SÓLO UN PARTIDO DE FÚTBOL

Ese domingo me echaron del trabajo. Imposible confundir la fecha porque fue el día del partido, claro. Me acuerdo de que Isabel rompía las bolas con las deudas, y las deudas, y... todo el día con lo mismo. Lo único que quería era que llegara la hora para poder volcar toda mi ira acumulada en la pantalla y en aquel sueño de vencerlos, al menos en la cancha.

Me levanté tarde, cansado, mal dormido. Yo sabía que me iban a echar; llegué sin apuros a la fábrica. En el camino me crucé con Estelita, mi novia de la juventud, la anterior a Isabel. Me subió un sabor amargo a la boca: habrá sido arrepentimiento por dejarla. No, seguramente era la gastritis galopante que me tenía a mal traer junto a una úlcera espantosa. «Cosas del estrés», me dijo el doctor Villa, Julio Argentino Villa, médico de toda mi familia.
—¡Dejá de renegar, Chiche! —me decía siempre—. Te vas a cagar muriendo y la viuda es joven.
Un guacho era.

No necesitaba ni siquiera que me desabrochara la camisa para saber qué tenía. El tipo no atendía en el hospital o en un consultorio; whisky por medio, en el bar del gallego, me diagnosticaba cuál era la causa de mis males: la guita, la sal, el alcohol, el pucho.

Intenté saludarla al pasar con un gesto un tanto bobo, alzando la mano; me miró de reojo y lanzó un fuck you. «¡Hoy no, mufa, ese gesto no!», le grité desde el Renault 12 mientras la mandaba al carajo.
Hacerme un gesto inglés justo el día del partido. No tengo idea de si el famoso fuck you tiene origen inglés, pero sí sé que tiene que ver con algo parecido a ellos, o su idioma, o su gente.

Llegó la hora y no pensé en nada más. No me importó la sal, el pucho, las arterias ni morirme de un pico de presión en ese instante. Tampoco me importaba si Estelita me amaba aún; «que se vaya a la mierda», pensé. Solamente quería que se hiciera justicia por una vez en toda la vida, en toda mi vida.
Y ahí estaba él: el capitán, el 10, el ídolo. El dolor latente todavía, una herida mal cerrada, y la posibilidad única de que se cumpliera la tan esperada justicia divina, justicia poética. Justicia.

Villa me habló el día anterior del hermano que perdió en las islas, uno menor que tanto les costó tener a sus viejos. Un hijo muy esperado, buscado después de tantos años. Esperaba el domingo del partido más que yo, más que nadie, me imagino. Lo necesitaba. Me explicó que en estos casos geopolíticos es casi un suicidio ser un patriota, un guerrero, un hombre de valor y principios, porque todo se resuelve detrás de los escritorios con personas que son todo lo contrario. El hermano falleció en pleno combate. Andá a decirle vos a Villa que es «solamente un partido de fútbol».

Entonces, en medio de toda esta locura huracanada de pensamiento, lo veo cruzar la cancha la primera vez, venciendo al enemigo como un toro. El gol se me atragantó en la garganta entre lágrimas, puteadas, impotencia... Estelita y la puta que te parió, mi jefe también se podía ir al carajo, las deudas y todos juntos.

El llanto. Nunca lloré tanto.

Me colgaba de la cortina del living y gambeteaba a la par de él por el salón, esquivando ingleses imaginarios, soldados que venían una y otra vez, boletas de luz, gas, almacén... Estaba compenetrado con él, éramos uno. Pase, salió corriendo desde la mitad de la cancha, dejó un tendal de jugadores desparramados y llegó el segundo. ¡Gol! Y otra vez la presión que volaba por el cosmos. «¡Barrilete cósmico, ¿de qué planeta viniste?!», se escuchó. Me abracé a Isabel con el amor que ya no le tenía, pero ese día fue todo felicidad. La calle era un mar de gente. Un país de pie, un país que sentía que se hacía justicia.
Y sólo por un partido de fútbol.

A VECES TE EMPUJAN

Era domingo temprano. Supongo que habrá sido entre las siete y las ocho, la hora en que su hija entraba a trabajar. Siempre me llevaba a mí también para compartir, en cierto modo, las responsabilidades: para él, la de ser padre; para mí, la de ser el esposo. Desde las seis ya estaba firme junto a la puerta como un granadero, esperando a que ella se levantara y a que él tocara la bocina para partir.

Había llovido toda la noche y aún lloviznaba a esa hora. El invierno bien adentrado, el silencio de la plaza y la espera: todo era espera.

Me gustaba disfrutar de aquella paz, una en la que yo estaba solo y no se escuchaba nada más que a los pájaros y, a lo lejos, el camión de la basura. Una rutina de hacía ya años. Era un domingo más de esos donde una ida taciturna y con algunos comentarios nos acompañaba en la ruta hasta dejarla, para luego —más animados— comentar «cosas de hombres» al regreso. Manteníamos una buena relación. Desde el principio fue así, pero el tiempo hizo que no fuera solo una casualidad, sino el efecto de una transmutación.

Cuando nos conocimos no compartíamos casi nada en común: éramos los dos de Boca, eso y nada más. Él, un profesional de las leyes; y yo... yo, un buscavidas. Recuerdo una tarde entre mates cuando mi cuñada (a apenas pocos días de serlo) me preguntó: «¿A qué te dedicás?». Ahí me replanteé la vida. «Atiendo un comercio, trabajé en algunas empresas...», dije. Me había dado cuenta de que no me dedicaba a nada en concreto.

Toda la vida de acá para allá, como bola sin manija, puchereando, haciendo changas. Ese día fue una revelación que me empujó a encarar algo.

Así fue como terminé la secundaria en la nocturna, pasaditos los treinta. Después entré a la docencia y hacía algún tiempo me dedicaba a eso. Por fin podría contestarle a mi cuñada sin balbuceos ante aquella pregunta asesina. Ya no había dudas de a qué me dedicaba. En cierto modo —y uso nuevamente la expresión—, esto nos acercó: ambos éramos profesionales ahora.

Otra cosa en común: ninguno de los dos estaba casado con la respectiva mujer que venía al caso, mi suegra y mi esposa. Coincidencias en las que no creo; no comparto la idea de que existan las casualidades.

El asunto fue que ese domingo no retomó el rumbo hacia el pueblo después de dejar a mi mujer. Supuse que nos desviábamos para cargar nafta o comprar facturas; ya lo habíamos hecho en ocasiones anteriores. Eso no me preocupaba, sino la expresión en su rostro.

—A veces te empujan a hacerlo —me dijo sin girar la cabeza y con las manos firmes en el volante.

—No te estoy entendiendo, Roque —respondí, algo confundido ante una declaración que más bien tenía tintes de confesión.

—Y, sí. Vos sabés cómo vivo, lo que hago. Nadie querría llevar la vida que llevo. ¿Vos querrías?

Intenté contestar, pero continuó:

—No, ¡qué vas a querer! Es un asco mi vida. Mi vieja me lo dijo antes de morir. Y mi viejo... bueno, mi viejo mejor que se murió antes de conocerla, si no, me hubiese volado los dientes. Una mina con hijos para mí... Jamás lo hubiese permitido.

—Creo que te voy comprendiendo —atiné a decir, sintiendo que no me escuchaba.

—Pero no es vida esto, no es vida.

Sentí que la chata aceleraba levemente sobre la ruta.

—Uno trata de no hacerlo, pero te empujan a veces.

Ya no me gustó un carajo esa última confesión que indicaba, por lo menos, que nos haríamos mierda contra el primer poste o guardarraíl que se nos cruzara.

Sin dejar que me interrumpiera, empecé a hilvanar algunas frases hechas del tipo «La vida sigue», «Dios le da sus peores batallas a sus mejores guerreros» y otras boludeces más. No sabía cómo convencerlo para que desistiera de su intento de suicidio, el cual me arrastraría a mí a un final trágico e impensado, incalculado y ya casi inevitable.

—Perdoname, no es el ejemplo que te quiero dar —me dijo con los vidrios de los lentes empañados—. Hay cosas que un hombre debe hacer. Aunque luego nos critiquen y nos defenestren.

—Pero no hay necesidad, Roque. Podemos parar y conversarlo —iba agarrado a todas las partes posibles de las que se puede agarrar uno cuando cree que en cualquier momento se hace bosta.

Cerré los ojos cuando escuché: «Ya está, no hay vuelta atrás». Recuerdo que, en el grito que pegué y con el susto, no me di cuenta de que había frenado ni de que había disminuido la velocidad hacía varios kilómetros.

—¿Qué te pasa, boludo? —me preguntó atónito ante mi reacción poco varonil, mientras me acercaba una foto desde su celular enseñándome a su nueva querida, Laura.

FELIZ CUMPLEAÑOS

«No le queda mucho» nos dijo el doctor Heredia en el último parte: seré sincero si digo que no me sorprendió para nada el diagnóstico. No le quedaba mucho, el asunto era cómo decírselo a ella. Ella que llevaba la tranquilidad en el rostro y la resignación, pero decírselo ya era otra cosa.

Claro que, viéndolo ahora y a la distancia, todo aquello parece una locura. Esa misma noche expiró, a nada de las últimas palabras del médico que traía en su cara las palabras del último adiós. Ella no se inmutó siquiera ante las lágrimas de todos los que la rodeaban, soltando el último llanto que tenía ese sabor salado entre alivio y tristeza. Se habían terminado las noches de incertidumbre y los paseos intermitentes entre ambulancias y camillas que parecían no tener fin.

Al día siguiente asistió como todos al velorio, se la vio pasar junto al cajón y dejar unas fresias. Sus ojos parecían de vidrio: inmóviles.

Acompañamos el coche fúnebre hasta su último destino y desde entonces no la vimos más. No puedo ser exacto en tiempo y fechas, pondré como un estimativo la distancia entre tres semanas a un mes.

Los chicos volvieron a la escuela con normalidad: habían dejado de asistir por todo el asunto. Mabel se dedicó a los negocios que dejó el difunto y a ella le quedaba la casa de su fallecido hermano, los perros y las malvonias. Nadie la visitaba desde hacía mucho. Todos creímos prudente darle un tiempo para que hiciera el duelo.

Pasó un año.

La cosa fue que era el día del natalicio de la abuela y nos pareció de mala educación no invitarla. Todos los años era en una casa diferente, el último había sido en la casa del ya difunto Esteban, mi cuñado; por orden, el siguiente sería en la casa de ella, pero cómo hacerlo en su casa si era la misma del difunto y del último encuentro. Ella era la hermana del medio de tres hermanos; Esteban el mayor y Mabel la más chica. Resolvimos que Mabel como era la menor le tocaba ahora, el año que viene si ella estaba mejor de ánimo lo haríamos ahí, en su nueva casa. Me tocó a mí ir a buscarla.

Desde la puerta cancel se veía todo apagado. No me gustó para nada el aire pesado que se percibía al cruzar el zaguán y el primer pasillo. Era una casa grande.

Hacia la derecha las habitaciones y enfrente, cruzando el patio, la cocina y el lavadero. Pasé los tres baños en línea recta y el jardín tan bien conservador por ella. La tarde llega junto con la noche en invierno, no recordaba de dónde se prendían las luces, crucé casi de memoria, una muy mala que me hizo llevarme todo por delante.

—¿Quién anda ahí? —escuché con una voz que, a juzgar por la falta de más habitantes en la casa, me decía que era la de ella.

—Soy yo, Tito. Hoy es el cumpleaños de la vieja, lo hacemos en casa. Mabel ya organizó todo —contesté con todo lujo de detalle para que no me preguntara nada más y así poder irme.

—Pensé que me tocaba a mí hacerlo —respondió con una voz de ultratumba.

—Sí, te tocaba a vos —agregué, intentando mantener un tono familiar que no delatara mi horror—, lo que pasa es que no quisimos molestarte. Como hace rato que no aparecés…

De repente se abrió una de las puertas de las habitaciones laterales. Justo a mis espaldas. No vi debido a la oscuridad, fue el olor a muerto que me condujo la mirada y el olfato hacia donde provenía.

—Voy a ir.

Fue lo último que dijo antes de que me fuera. A decir verdad si dijo algo más tampoco le di tiempo para oírlo. Lo único que quería era dejar esa casa del demonio.

Por supuesto que, al llegar, le comenté a mi esposa Mabel lo que había presenciado allá.

—Ya sabés que no quedó bien después de lo de Esteban —me dijo, buscando alguna razón lógica al caso—. Hay que buscarle un novio, ¿vos no tenés algún amigote más o menos presentable para ella?

— ¿Y quién va a querer meterse con esa loca, me querés decir? —asumo que respondí un poco apresurado, pero no me salió otra cosa.

—¡No seas tan guacho, haceme el favor!

La conversación se cortó ahí y del tema no se habló más. Después llegaron los invitados: primos y sobrinos, cuñados y demás, algún que otro vecino de la vieja. Todos menos ella.

Pusieron los sanguchitos de miga sobre la mesa, los fosforitos, palitos salados, serví el vermú. Nada fuera de lo común en tantos años de matrimonio y fiestas. Todo normal hasta que se escuchó que alguien llamaba a la puerta.

Era el primo Fabián con una caja en la mano.

La puso sobre la mesa y dijo:

— Feliz cumpleaños vieja, no querían faltar.

eran los huesos de Esteban y de ella.